

A grayscale photograph of a couple's hands clasped together, with their forearms and hands visible. They are wearing light-colored, textured sweaters. The background is a soft, out-of-focus landscape.

BARNIE Y GRACE ACHOKI

ROSAS Y ESPINAS

*Viviendo la realidad
de un matrimonio saludable*



CENTRO DE LITERATURA CRISTIANA

CENTRO DE LITERATURA CRISTIANA
en países de habla hispana

CLC Colombia*

Diagonal 61D Bis # 24 – 50
Tel. (+57)6017441057
editorial@clccolombia.com
www.clccolombia.com
Bogotá, D.C. - Colombia

CLC Chile

Amunátegui 57
Tel: (56) 2 2696 7786
amunategui@clcchile.com
www.clcchile.com
Santiago – Chile

CLC Ecuador

Av. Prensa N 42 - 138 Y Falconi
Telefax: +593 (02) 352 0091
WhatsApp: +593 98 652 3751
ventasbodega@clcecuador.com
www.clcecuador.com
Quito – Ecuador

CLC México

Calle 15 # Calle 15, N.7-B,
Moctezuma 1A Sección, Venustiano Carranza
México City
15500
Tel. + 52 1 55 26032588
contacto@clc-mexico.com
www.clc-mexico.com

CLC Panamá

Centro Comercial Los Pueblos 2000 Local 7D
Panamá City
Tel. +507 6981 8101
los.pueblos@clcpanamá.net
www.clclibros.com
Panamá – República de Panamá

CLC Perú

Jr. Pachitea 264
Lima
15001
Tel. +51 991914716
libreria1_clcperu@yahoo.com
Lima – Perú

CLC Uruguay

Av. Uruguay 1424,
Montevideo
Tel. +598 2908 0016
comprasweb@clcuruguay.com
www.clcuruguay.com
Montevideo – Uruguay

CLC Venezuela

Av. Henry Ford C.C Unicenter Galpón # 1
WhatsApp: +58 424 728 6674
contacto@clcvenezuela.com
www.clcvenezuela.com
Valencia – Venezuela

EDITORIAL CLC

Diagonal 61D Bis No. 24-50
Bogotá, D.C., Colombia
editorial@clccolombia.com / www.clccolombia.com

Rosas y Espinas, por *Barnie y Grace Achoki*

ISBN: 978-958-5163-41-6

©2025. Derechos reservados de esta edición por Centro de Literatura Cristiana. Publicado originalmente en inglés bajo el título Marriage, Thistles and Flowers – Living the Reality of a Healthy Marriage Copyright ©2020 by Barnie & Grace Achoki. La copia, reimpresión, publicación digital o anuncios en internet de esta obra sin permiso del autor o del editor está prohibida excepto en el caso de citar porciones pequeñas en artículos o revicionando la fuente. Muchas ilustraciones, anécdotas, historias, etc., usadas en este libro han sido tomadas de casos reales de consejería bíblica por los cuales agradecemos a sus autores, muchos de ellos anónimos, que han enriquecido con sus experiencias este libro.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas son tomadas de la Santa Biblia Versión Reina Valera 1960© por las Sociedades Bíblicas Unidas y la Santa Biblia Nueva Versión Internacional 1999 ©por la Sociedad Bíblica Internacional.

Edición y Diseño Técnico: Editorial CLC

Traducción: Blanca Lilia Garzón

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Somos miembros de la Red Letraviva: www.letraviva.com



Dedicatoria

Dedicamos este libro a nuestros padres:

Naboth Adega Ahere.

“Papá, desearía que estuvieras vivo para ver este libro”.

Abner Achoki Okello.

“Papá, sé que estarás orgulloso de esto.”

y

A nuestros tres hijos, Nezer, Uzziel y Shekinah, el maravilloso fruto de nuestro matrimonio. Habéis visto y compartido nuestra vida matrimonial. Esperamos y oramos para que este libro sea un gran recurso para vosotros cuando os caséis. Esta es nuestra herencia para vosotros.



Contenido

Agradecimientos	9
Prólogo.....	17
Introducción	19
Capítulo Uno:	
Trampas a evitar en el Matrimonio	25
Capítulo Dos:	
Conflicto y Resolución	39
Capítulo Tres:	
Infidelidad en el Matrimonio	63
Capítulo Cuatro:	
Amistades Familiares	81
Capítulo Cinco:	
Esterilidad	97
Capítulo Seis:	
Violencia en el Matrimonio.....	113
Capítulo Siete:	
Viudez, Crianza Monoparental y Segundas Nupcias	127
Capítulo Ocho:	
Sexo y Romance en el Matrimonio	157
Capítulo Nueve:	
Religión, Creencias y Cultura	181

Capítulo Diez:

Crianza de los Hijos 195

Capítulo Once:

Finanzas en el Matrimonio 219

Epílogo.....231

Notas 235

Palabras de la editorial 237



CAPÍTULO 1

TRAMPAS A EVITAR EN EL MATRIMONIO

Un hombre sabio aprende de sus errores,
un hombre más sabio aprende de los errores de los demás

Era un caluroso viernes por la tarde. Yo, Barnie, viajaba al interior del país para asistir a un funeral. Había reservado un asiento en el autobús de Easy Coach rumbo a Kisumu. Llegué entre los últimos pasajeros en abordar, en la terminal situada a lo largo de la avenida Haile Selassie, en Nairobi. Encontré mi lugar, acomodé mi bolso en el portaequipajes y me dispuse a sobrellevar el largo trayecto.

El asiento junto al mío aún estaba vacío. Justo cuando el autobús se preparaba para partir, una mujer llegó apresuradamente, casi perdiendo el viaje. Era una dama hermosa. Se dirigió directamente a mi lado, guardó su equipaje con rapidez y se sentó.

Durante la primera hora, ninguno de los dos dijo una palabra. Ambos estábamos absortos en nuestros teléfonos mientras el autobús serpenteaba por las afueras de la ciudad. Pero, fiel a mi carácter sociable, rompí el silencio y me presenté. Pronto comenzamos a charlar.



La conversación fluyó con naturalidad: partimos de las cortesías comunes, hablamos de su trabajo y, poco a poco, fuimos adentrándonos en temas más complejos, como la política. Me descubrí a mí mismo conversando con ella de manera más abierta y apasionada que incluso con mi esposa, Grace. Palabra tras palabra, el tiempo se desdibujaba. Kisumu, que tantas veces me había parecido distante, esta vez se hizo sorprendentemente cercana. La razón: lo absorbo que estaba en aquella conversación.

Cuando finalmente el autobús llegó al United Mall, tras unas ocho horas de viaje, me sorprendió lo mucho que había disfrutado de su compañía. Fue en ese preciso instante cuando tomé una decisión: no pediría su número de teléfono.

Hoy, mirando hacia atrás, doy gracias por esa decisión. Porque no sé a dónde habría llevado esa conversación si hubiera dado un paso más.

Trampas como esta —y muchas otras, más sutiles o más evidentes— han herido profundamente a hombres y mujeres casados, e incluso han llevado al naufragio a incontables matrimonios. Comparto esta historia no por nostalgia ni por dramatismo, sino como un recordatorio urgente: ninguno de nosotros, por más amor que tengamos o años que llevemos casados, es inmune. Todos somos vulnerables. De hecho, cada matrimonio lo es.

En más de una ocasión, Grace y yo hemos acompañado a parejas que se encontraron de pronto en un terreno inestable. Un desliz, una conversación inocente que fue demasiado lejos, una emoción no vigilada... y el vínculo comenzó a resquebrajarse. En muchos casos, la infidelidad se deslizó silenciosa simplemente porque nadie vio venir el peligro. Porque no se



anticipó el riesgo. Porque se creyó que el amor, por sí solo, bastaba para protegerse.

Pero el matrimonio no es un sendero plano ni predecible. Es más bien como adentrarse en un bosque profundo, salvaje y hermoso, pero lleno de peligros ocultos. No siempre sabes lo que encontrarás a la vuelta del camino. Por eso, al caminar por esa jungla, es vital andar con los ojos abiertos, el corazón sobrio y la conciencia alerta. La fidelidad no es solo un sentimiento: es una decisión diaria, un acto de vigilancia amorosa, una batalla silenciosa contra lo que acecha en la sombra.

El camino del matrimonio está lleno de belleza, pero también de trampas ocultas que muchas veces no vemos venir. No podemos darnos el lujo de caminar con exceso de confianza, creyendo que sabemos jugar con fuego sin quemarnos. La Escritura nos advierte con firmeza en 1 Corintios 10:12: *“Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga.”* Esta advertencia no está dirigida a los débiles, sino a quienes creen estar de pie, a aquellos que —sin saberlo— ya han bajado la guardia.

Este capítulo tiene como propósito abrirte los ojos, ayudarte a identificar algunas de las trampas comunes que acechan a lo largo del sendero conyugal, para que puedas evitarlas antes de tropezar. Porque nadie cae de repente; la caída casi siempre es precedida por una serie de pequeñas decisiones descuidadas.

Entre las trampas más peligrosas se encuentran: la otra mujer, el otro hombre, esa figura externa que entra sutilmente en tu espacio emocional; los problemas de confianza que se incuban en el silencio; la tensión con los suegros, cuando no se marcan los límites con respeto y firmeza; el ajeteo de la vida, que roba tiempo de calidad y crea distancia entre quienes alguna vez no podían separarse; el aburrimiento en la intimidad, que puede



abrir la puerta a deseos mal canalizados; y las heridas no resueltas, que, al acumularse, se convierten en veneno silencioso para la relación.

Estas trampas no siempre se presentan como amenazas evidentes. A veces llegan disfrazadas de rutina, de cansancio, de necesidad emocional no expresada. Por eso, el llamado es claro: vigilar, cuidar, anticipar. Un matrimonio fuerte no se construye solo con amor, sino también con sabiduría, discernimiento y oración constante.

1. Trampa a evitar: los peligros potenciales en el matrimonio

«Hemos estado casados por cinco años y esperamos muchos más llenos de dicha. Pero... ¿cuáles son algunos de los peligros que podríamos encontrar en el camino? ¿Qué hace que tantas parejas dejen de disfrutar su matrimonio con el tiempo? ¿Cómo podemos mantener encendido el fuego y no perder la chispa que nos unió?»

Qué alentador es escuchar de una pareja que, tras cinco años de vida matrimonial, sigue disfrutando del camino compartido y anhela recorrerlo con alegría durante muchos más. Ese deseo ya es, en sí mismo, una bendición.

Habiendo caminado juntos por veinticinco años hasta el momento en que escribimos estas líneas, podemos decir que uno de los peligros más silenciosos y frecuentes que hemos observado en las parejas —incluyéndonos a nosotros mismos— es lo que podríamos llamar la deriva matrimonial. No llega con estruendo ni con crisis; más bien, se instala poco a poco, como una niebla que se cuela entre las rendijas del alma.



Al llegar los hijos, los compromisos, las cuentas, el trabajo, el cansancio... muchos matrimonios entran, sin darse cuenta, en una rutina impersonal. El tiempo compartido se reduce a lo funcional: resolver lo urgente, organizar la casa, cubrir responsabilidades. Y así, lo que un día fue pasión, complicidad y ternura, comienza a marchitarse. Un día, sin saber bien cómo ni cuándo ocurrió, los esposos se miran y descubren que se han convertido en dos extraños que comparten techo, pero no corazón.

El primer paso para evitar esta trampa es reconocer que nadie está exento de caer en ella. Luego, viene la decisión diaria de volver a elegirse, de nutrir el vínculo con pequeños actos de amor, de buscar tiempo —aunque sea escaso— para cultivar la amistad y la intimidad. Porque el fuego no se mantiene encendido por sí solo: necesita leña, aire y cuidado constante.

Otro de los peligros que acechan silenciosamente a los matrimonios es la tendencia a dar todo por sentado, es decir asumir que algo es cierto, seguro o permanente sin cuestionarlo ni valorarlo, no apreciar lo que tienen o esperar que siempre estén ahí, el uno para el otro, sin hacer esfuerzo por conservarlo o agradecerle. Sin darnos cuenta, dejamos de mirar con asombro al otro, dejamos de preguntar, de interesarnos, de escuchar. Poco a poco, comenzamos a descuidar las necesidades emocionales, físicas y espirituales de nuestro cónyuge. Y ese descuido, aunque no grite ni golpee la puerta, hace sentir al otro no amado, no visto, no cuidado.

A esto se suman otras amenazas, como la interferencia de suegros excesivamente entrometidos, que, si no se manejan con sabiduría y límites firmes, pueden sembrar división. También está la falta de habilidades en comunicación y resolución de conflictos: cuando no sabemos cómo expresar lo que sentimos



sin herir, o cómo escuchar sin defendernos, la relación se debilita y el amor comienza a desgastarse.

Otro enemigo silencioso es la pasividad: no trabajar continuamente en el matrimonio, no invertir tiempo, intención y ternura en la relación. Cuando se descuida, el fuego no se apaga de golpe, pero se va muriendo lentamente, como una llama sin oxígeno.

Mantener viva la chispa y disfrutar del matrimonio a lo largo del tiempo exige esfuerzo. Como dijo alguien con sabiduría: *“El matrimonio funciona... si trabajas en él.”*

Es como un jardín. Debe ser cultivado con constancia. Requiere arrancar de raíz aquello que intoxica: malos hábitos, actitudes tóxicas, palabras hirientes, resentimientos que se acumulan. Requiere protegerlo del viento de influencias externas y de las malas compañías. Y, sobre todo, necesita un entorno fértil: un ambiente donde florezca la confianza, la vulnerabilidad, la risa, el perdón.

No estén tan ocupados como para no tenerse el uno al otro. Aparten tiempo con intención. Háganlo prioridad. Sean celosos con ese tiempo: ya sea una noche de cita, una caminata sin rumbo, o una escapada de fin de semana. Cultiven la novedad: no permitan que el aburrimiento eche raíces. Mantengan fresca la alegría, viva la complicidad, y renovado el pacto de amor que los une.

2. Trampa a evitar: Falta de tiempo y atención a la familia

«Hemos estado casados por diez años y tenemos dos hijos maravillosos. Nuestro matrimonio ha tenido momentos



buenos y otros no tanto. Pero últimamente, mi esposa me dice que no estoy invirtiendo suficiente tiempo en ella ni en los niños. Quiero que este año sea diferente. ¿Qué puedo hacer para mejorar mi matrimonio?»

Esta pregunta, honesta y valiente, ya marca un buen comienzo.

Uno de los errores más comunes —y más peligrosos— que enfrentan las familias es la desconexión emocional provocada por la falta de tiempo y atención. No se trata de cuántas horas pasas en casa, sino de cuánta presencia verdadera ofreces cuando estás allí. Puedes estar físicamente en la sala, pero si tu mente sigue en el trabajo, en el celular o en mil pendientes, tus hijos y tu esposa lo notarán... y lo sentirán.

La familia necesita más que tu presencia: necesita tu atención, tu afecto, tu entrega.

Haz de este nuevo año una oportunidad para reorganizar tus prioridades. Establece tiempos sagrados para tu esposa y tus hijos. Cenas sin pantallas. Juegos sencillos. Escuchar con los ojos. Abrazar sin prisa. Estar presente con todo el corazón.

El amor no se demuestra solo en grandes gestos, sino en los detalles cotidianos: un “te amo” inesperado, una tarde jugando en el parque, una conversación sin reloj. Son esos momentos los que construyen el alma del hogar.

Invertir en tu familia no es un gasto de tiempo: es la siembra más rica que harás en la vida.

Cada Año Nuevo nos ofrece la valiosa oportunidad de comenzar de nuevo o de mejorar en áreas clave de nuestra vida. In-



vertimos tiempo, energía y disciplina en nuestra salud, nuestras finanzas, nuestra carrera... pero con demasiada frecuencia descuidamos el alma de nuestro hogar: nuestro matrimonio y nuestra familia.

Existe una suposición peligrosa que muchas parejas dan por sentada: que el matrimonio, una vez establecido, funcionará por sí solo. Nada más lejos de la verdad. El amor, como un jardín, necesita ser cuidado. Si no lo riegas, se marchita. Si no lo proteges, se lo traga la maleza. Si no lo cultivas, muere.

Por eso, mientras corres detrás de metas importantes —y legítimas—, no pierdas de vista lo más importante: tu esposa, tus hijos, tu hogar. Priorízalos. Protégelos. Ámalos con intención.

¿Cómo hacerlo? Comienza con un simple pero poderoso acto: haz espacio. Crea un horario este año donde incluyas, de forma deliberada, tiempo para tu esposa y para tu familia. Puedes empezar bloqueando una noche a la semana solo para ella: una cita, un paseo, una conversación sin interrupciones. Tal vez, en lugar de luchar contra el tráfico para llegar a casa, podrías quedarte en la ciudad un poco más y tomar un café juntos, o evitar el embotellamiento matutino saliendo temprano y compartiendo un desayuno tranquilo a su lado. No importa el formato; lo que importa es la intención, la constancia, el deseo de reconectarse.

A las esposas les conmueve profundamente ver a sus esposos involucrados en la vida de sus hijos. Así que, ¿por qué no comprometerte a llegar temprano al menos una vez por semana y ayudar con las tareas escolares? Cena con ellos una vez por semana: ese es un momento de oro para crear lazos que duran toda la vida. Y los fines de semana, haz de tu familia tu prioridad: juega con tus hijos, llévalos al parque, acompáñalos a sus actividades, míralos vivir. Regálales tu presencia.



No se trata solo de incluirlos en la agenda; se trata de proteger ese tiempo con celo. Porque si no lo haces, la vida —con todas sus urgencias— se lo robará. Ten a alguien que te ayude a rendir cuentas; y nadie mejor para ello que tu esposa, quien sabrá valorar cada gesto y cada esfuerzo.

Haz de este año el año en que te comprometes con lo que verdaderamente importa. Te sorprenderá el cambio no solo en tu matrimonio, sino en el corazón de tus hijos.

Que Dios te fortalezca y te bendiga mientras pones en acción este plan de amor deliberado. No solo lo estás haciendo por ellos. Lo estás haciendo también por ti mismo, y por la familia que Él te confió.

3. Trampa a evitar: No blindar tu matrimonio contra el divorcio

Recientemente me casé con un hombre maravilloso. A lo largo de los años, he escuchado muchas historias desalentadoras sobre el matrimonio, y aún más sobre los hombres. Sin embargo, decidí no dejarme llevar por la opinión popular. Elegí creer en el amor, en el compromiso y en la posibilidad de construir un matrimonio que funcione. Hoy, mi anhelo no es solo permanecer casada, sino vivir un matrimonio sano, duradero y pleno. Y me pregunto: ¿cómo puedo ser una buena esposa para mi esposo?

Vivimos en tiempos donde, lamentablemente, muchos han perdido la esperanza en el matrimonio. Las nuevas generaciones a menudo se embarcan en él con pocas expectativas... o con expectativas demasiado altas. Ninguno de los extremos es



saludable. Entrar al matrimonio sin esperar nada conduce a la resignación; entrar esperando demasiado, a la frustración. Lo sabio es asumir el matrimonio no solo como una fuente de realización personal, sino como un espacio sagrado de entrega mutua, donde el éxito no se mide por lo que se recibe, sino por lo que se invierte y se construye.

Entonces, ¿cómo nutrir esta relación y convertirte en la compañera que deseas ser?

Primero, sé su amiga. Un esposo anhela más que una figura romántica: desea una compañera de vida. Alguien con quien compartir no solo la cama, sino también los sueños, las pasiones, los pequeños placeres de cada día. Aprende a conocer su mundo. ¿Qué lo entusiasma? ¿Qué lo inspira? ¿Cuáles son sus pasatiempos, sus metas, sus luchas? Cuando te acercas con un corazón genuino a lo que a él le importa, comienzas a crear un terreno fértil para una amistad profunda. Y donde hay amistad, hay apoyo, lealtad, confianza y afirmación.

Segundo, ofrécele respeto, incluso en los momentos difíciles. Así como nosotras anhelamos sentirnos amadas, valoradas y comprendidas, los hombres tienen una necesidad fundamental de sentirse respetados. Para muchos, el respeto es sinónimo de amor. Como esposas, Dios nos ha dado una llave para entrar en el corazón de nuestros esposos. La cuestión es: *¿usamos esa llave para edificar... o para herir?* Muchas veces, ante la frustración, algunas mujeres responden con palabras duras o un tono despectivo. Aunque tengas razón en lo que expresas, la forma en que lo haces marcará la diferencia entre sanar o dañar. Hablar con firmeza no excluye hablar con dignidad y amor.



Tercero, no descuides la intimidad física. Para muchos hombres, la conexión emocional comienza en la cercanía sexual, así como para muchas mujeres esa conexión nace desde el afecto y la comunicación. Con el paso del tiempo, es común que el deseo sexual se vea afectado por el cansancio, las ocupaciones, la rutina. Pero este aspecto no puede dejarse al azar. La atracción mutua y la intimidad requieren intención, cuidado, y apertura. Ser y permanecer sexualmente disponible y atractiva para tu esposo no es solo un acto físico, sino también una expresión de amor, entrega y complicidad.

Un matrimonio fuerte no se construye con ideales perfectos, sino con decisiones diarias, con paciencia y con gracia. Si tú haces tu parte, y él también se compromete a hacer la suya, podrán construir algo hermoso, profundo y duradero. El matrimonio no funciona por sí solo; requiere esfuerzo, perdón, ternura y trabajo constante. Pero vale la pena. Vale cada intento, cada lucha, cada acto de amor.

4. Trampa a evitar: La falta de confianza

Tengo veinticinco años y me he casado recientemente. Mi esposa tiene veintidós. El problema es que ella no confía en mí. Cada vez que no contesto una llamada, asume que estoy con otra mujer. Cree que la estoy engañando. Parte de esta desconfianza proviene de un prejuicio cultural: ella piensa que, por ser hombre, soy naturalmente propenso a la infidelidad, como —según ella— lo son muchos hombres de la sociedad. He intentado explicarle que no soy como los demás, que la amo de verdad, pero no logro ganarme su confianza. Y aunque la amo profundamente, esta actitud constante me desgasta... incluso he pensado en dejarla. ¿Cómo puedo salvar nuestra relación?





Esta historia no es única. Hoy en día, muchas relaciones están marcadas por la inseguridad emocional y la falta de confianza mutua. Este problema puede tener distintas raíces, y es importante identificarlas con claridad para poder sanarlas.

Una primera posibilidad es que haya habido antecedentes de desconfianza o heridas previas dentro de la misma relación. Si, por ejemplo, la relación comenzó mientras uno o ambos estaban involucrados con otras personas, es comprensible que esa sombra del pasado siga proyectando dudas. En tal caso, lo primero que se necesita es honestidad: reconocer lo que ocurrió, asumirlo con madurez y, sobre todo, brindar garantías claras de que esa historia no se repetirá.

Otra posibilidad es que su desconfianza provenga de heridas más antiguas, ajenas a ti. Tal vez fue engañada en una relación anterior, y arrastra ese miedo no resuelto. Muchas mujeres — como también muchos hombres — han sido socializadas con la idea de que “todos engañan”, y viven atrapadas en esa narrativa dolorosa. En su caso, esa sospecha se refuerza por un estereotipo cultural injusto hacia los hombres. Desmontar ese prejuicio no se logra con palabras, sino con constancia: comportándote de manera contraria a lo que ella teme.

También es necesario mirarte con honestidad. A veces, sin intención de causar daño, ciertas actitudes pueden hacer que tu esposa se sienta insegura. Algunas personas son naturalmente sociables y expresivas con los del sexo opuesto, pero lo que puede parecer inofensivo para ti, puede despertar inquietud en tu pareja. Si este es tu caso, modera tu cercanía con otras mujeres, no por desconfianza, sino por amor: para cuidar el corazón de la mujer que elegiste.

Una forma profunda de hacerla sentir segura en el matrimonio es rodearla de afecto sincero y constante. Que no te falten los gestos de ternura ni las palabras que reafirman tu amor. Pasa tiempo a su lado, hazle saber —con acciones y no solo con promesas— que ella es la única en tu vida, tu elegida, tu refugio, tu hogar.

Algunos pasos prácticos pueden ayudarte a reconstruir la confianza:

- ✿ Sé transparente. Hazle saber dónde estás, incluso antes de que lo pregunte.
- ✿ Refuerza tu amor con acciones, no solo con palabras. Pasa tiempo con ella, escúchala, sorpréndela, hazle sentir que es tu prioridad.
- ✿ Asegúrala emocionalmente: recuérdale que ella es la única para ti, no con discursos, sino con gestos concretos, atención sincera y fidelidad constante.
- ✿ Formaliza tu compromiso en todos los aspectos si aún no lo has hecho. La seguridad también se construye con estabilidad emocional, espiritual y legal.

La confianza es como un puente: se construye piedra a piedra, y puede sostener el peso de cualquier tormenta si se levanta con verdad, ternura y perseverancia. No te rindas demasiado pronto. Si el amor está presente, aún hay esperanza.